
OCTAVO SERMON.

Doctrina social de Jesucristo: beneficios del Catolicismo,

*Orietur in diebus ejus justitia,
et abundantia pacis.*

(Psalm. LXXI, 7.)

PERMITIDME, Señores, que principie este discurso con las palabras de un incrédulo, de uno de los mayores enemigos del Catolicismo. El testimonio de esos hombres que en medio de su antagonismo se ven obligados á reconocer la verdad, es, á las veces, mas apreciable que el de los apologistas de la Religion. Escuchad sus palabras: «La sublimidad de las Escrituras me encanta, la santidad del Evangelio habla á mi corazon. Recorred los libros de los filósofos con toda su pompa: ¡cuán pequeños son al lado de este! ¿Es posible que un libro tan sublime y tan sencillo á la vez sea obra de los hombres? ¿Es posible que aquel de quien traza la historia, no sea más que un hombre? (1) No lo es, hermanos. El Evan-

(1) *Rousseau*, Emilio, lib. 4.

gelio es la historia de Jesucristo, del Dios hombre, del Dios dado á la humanidad, sacrificado por ella, y á ella comunicado para que el hombre se eleve hasta Dios. El Evangelio es el libro de Dios; su doctrina es la doctrina que Dios enseña al hombre por boca de su Unigénito. Por ello decia el mismo Jesucristo: La doctrina que os enseño no es mia, es de aquel que me ha enviado (1); las palabras que os hablo son espíritu y vida (2), porque iluminan el entendimiento y vivifican el corazon. Son palabras de vida eterna, como reconoció el Príncipe de los Apóstoles (3). Hé aquí por qué es la doctrina de todos los tiempos, de todos los pueblos, de todos los hombres. Es más: el Evangelio es la historia del Catolicismo, porque este no es sino la doctrina y el ejemplo de Jesucristo, perpetuados en el mundo por la Iglesia católica; es la historia de sus beneficios, de sus vicisitudes y de su estado en todos los siglos. Por ello es un libro siempre de actualidad, cuyo estudio forma verdaderos sábios, como forma verdaderos santos la observancia de sus preceptos y consejos.

¡Cuán admirablemente sábio es el proceder de la Iglesia, que cada dia nos pone delante un pasaje de ese libro divino! ¡Oh! Si los hombres lo meditasen, y alimentasen con ese pan del cielo su entendimiento y su corazon, ¡cuán distinto fuera el estado del individuo y de la sociedad, viéndose brillar en ellos el espíritu y la vida de Jesucristo, origen de todo bien individual y social! Escuchad el pasaje que hoy mismo ofrece la Iglesia á nuestra consideracion. «Estando los discípulos re-

(1) Joann. VII, 16.

(2) Id. VI, 64.

(3) Id. id., 69.

unidos por miedo á los judíos, cerradas las puertas, se apareció Jesucristo, y puesto de pié en medio de ellos, les dijo: la paz sea con vosotros.» (1) Así, Señores, en medio de una sociedad dominada por las pasiones mas degradantes, y que tenia cerradas sus puertas á la verdad y á la virtud, aparece Jesucristo, aparece el Evangelio repentinamente, y levantando su noble figura en medio de ella, dice con amor: «La paz sea con vosotros;» la paz, no como la del mundo, sino como la de Dios, como la de Jesus (2), la verdadera paz, la virtud, el órden, la felicidad. Luego, dirigiéndose al incrédulo Tomás, le dice: «Pon tu dedo en mis llagas, y tu mano en mi corazon, y no seas más incrédulo, sino fiel.» (3) Lo mismo dice á la sociedad: pon tu mano en mi corazon, toca mis manos, las obras de mi amor, las pruebas de mis beneficios, y sé fiel: cree en mí y te salvarás. El Apóstol reconocido exclama: «Señor mio y Dios mio, Vos sois mi Señor y mi Dios.» (4) Dichosa la sociedad si tambien dice esto á Jesucristo. ¿Lo ha hecho, hermanos míos? Ayer os dije que dejaba para hoy hablaros de la doctrina social de Jesucristo, que da la paz, de los innumerables beneficios que le debe la sociedad, y que Jesucristo quiere que toquemos y examinemos cada dia, y del estado actual del Catolicismo en la misma sociedad, ó sea del aprecio que hace de esa manifestacion del amor y del poder de Jesucristo. Entremos en materia.

(1) Joann. XX, 19.

(2) Id. XIV, 27.

(3) Id. XX, 27.

(4) Id. id., 28.

PRIMERA PARTE.

El término á que aspira siempre la humanidad, es la felicidad, y la felicidad os he dicho repetidas veces, hermanos míos, tiene por base la paz y el órden; el órden reclama la armonía de las partes entre sí y en sus relaciones con el todo; la armonía se funda en la gradacion. La felicidad, pues, para la sociedad, lo mismo que para el individuo, como os decia ayer, es la tranquilidad del órden, cuya esencia es la unidad, porque el fin y el objeto del órden es unir, y la sociedad misma en su acepcion más general no es otra cosa que la reunion de seres semejantes. Para esta unidad es necesario que cada parte esté ordenada con relacion al todo; es decir, que haya gradacion, porque no hay órden social sin gerarquía social, sin superior y súbditos, sin derecho de mandar y obligacion de obedecer (1).

Cuando Jesucristo, que vino al mundo para restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra (2), pacificándolas con su sangre (3), decia con tanta frecuencia á sus discípulos: «La paz sea con vosotros (4),» os doy la paz, no como la da el mundo, que no puede establecerla en el corazon, sino como la doy yo, esto es, como Dios (5), y mandaba á sus Apóstoles que en su predicacion prin-

(1) *Balmes*, Filosofia elemental, Etica, cap. 17.

(2) Ephes. I, 10.

(3) Coloss. I, 20.

(4) Luc. XXIV, 36.—Joann. XX, 19, 21.

(5) Joann. XIV, 27.

cupiasen siempre con esas palabras (1), quiso indudablemente darnos á entender que se proponia restablecer el conjunto de relaciones que se derivan de la naturaleza misma de los séres, y que el pecado habia alterado, para que de este modo apareciese el orden en todas partes, y con él la paz y la felicidad, que son su consecuencia.

¡Admirable designio, Señores! ¡Obra digna de Dios! ¿La ha realizado Jesucristo? No es posible dudarlo, viendo el cambio obrado en el mundo, y la transformacion completa de la sociedad, desde que su doctrina se difundió por el universo. Ayer vimos ese cambio. Examinemos ahora la doctrina que le produjo.

El estado natural del hombre es la sociedad. Las leyes que rijen en la generacion, desarrollo y perfeccionamiento del hombre físico, y las que presiden al desenvolvimiento de sus facultades intelectuales y morales, son un argumento irrecusable de que Dios le ha criado para vivir en sociedad. Esto significa diversidad de séres racionales unidos, formando un solo sér moral, como miembros de un mismo cuerpo, para comunicarse sus bienes, remediar sus males, multiplicar sus fuerzas, y elevarse á la grandeza. Ninguna sociedad, por pequeña que sea, puede conservarse ordenada sin una autoridad que la rija: donde hay reunion, es preciso que haya una ley de unidad; de lo contrario, es inevitable el desorden. Las fuerzas individuales, entregadas á sí solas, sin esta ley de unidad, ó producen dispersion, ó acarrear choque y anarquía (2). La sociedad, segun ello, consiste en la reunion de hombres solidariamente unidos por los mismos derechos y obligaciones, bajo la direccion de un

(1) Luc. X, 5.

(2) *Balmes*, Filosofía elemental, Etica.

gobierno: consiste principal y esencialmente en la comunicacion mútua de bienes y males, en la mancomunidad de derechos y deberes para la consecucion de la felicidad posible en el orden humano. No tanto la constituye por lo mismo la reunion de los cuerpos, cuanto la union de espíritus y de voluntades. Es un cuerpo moral de que son miembros, distintos en su posicion y en sus funciones, los que la componen; pero que está animado de un solo espíritu. Lo mismo la familia, sociedad compuesta de individuos, que las naciones, sociedad compuesta de familias, entrañan la idea de pluralidad ó variedad y de unidad; pluralidad por la vida individual, propia y distinta; unidad por un principio de vida comun. Este principio nace de la unidad de origen y de objeto, lo constituye la unidad de ideas fundamentales, de sentimientos que de ellas nacen, y de acciones, expresion de unas y de otros. Cuando todo esto existe, la sociedad es perfecta; vive y se desarrolla en el orden, en la paz, en la felicidad.

Dios, hermanos míos, que es el autor de la sociedad, como de todo lo que es natural al hombre, no puede menos de haberle dado un modelo, y de haberle fijado una ley, estableciendo un principio que explique las relaciones de los miembros de este gran cuerpo, y forme el lazo de su perfecta union. Dios lo ha hecho; y así como en la creacion se dió á sí mismo por ejemplar y modelo del hombre criado á su imágen y semejanza, y porque este apartó la vista del modelo y se olvidó de él, se lo presentó de nuevo, y de un modo mas asequible, en la Redencion; así tambien en la creacion y en la redencion se ha dado á sí mismo por ejemplar de la sociedad de los hombres, para que individual y socialmente sean la imágen de Dios, sean los hijos de Dios. El Catolicismo, que, como vimos en los discursos anteriores, presenta al

hombre el modelo del individuo y la doctrina que le eleva á la altura de la union con él, lo presenta tambien á la sociedad, y le dice como Dios á Moisés: *Inspice, et fac secundum exemplar quod tibi monstratum est* (1), le enseña á vivir segun ese modelo, diciendo como Jesucristo: «Aprended de mí, y encontrareis pan para vuestras almas.» (2) Examinemos ese modelo y esa doctrina.

El hombre es la imágen del Infinito: la sociedad de los hombres ha de ser la imágen de la sociedad del Infinito, de Dios. Dios es unidad y Trinidad, y en su Trinidad es la sociedad esencial y eterna, ejemplar de toda sociedad accidental y creada, que aspire á la perfeccion y á la felicidad. Su constitutivo es la unidad: son tres personas realmente distintas, y no hay más que una naturaleza, forman un solo sér, tienen una misma vida, son un solo Dios. El lazo que las une es el amor, la caridad, porque Dios es caridad (3). ¿Quién sino ella, dice San Bernardo, conserva esa suma é inefable unidad en la suma y bienaventurada Trinidad? La ley del Señor es la caridad, que mantiene en unidad á la Trinidad, y como que la estrecha con vínculo de paz (4). Hé aquí el modelo eterno. El mismo que habia dicho: «Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza (5),» y lo hizo, dijo tambien: «No es bueno al hombre estar solo: hagámosle ayuda semejante á él (6),» y formó á la mujer

(1) Exod. XXV, 40.

(2) Matth. XI, 29.

(3) I Joann. IV, 16.

(4) *¿Quid vero in summa et beata illa Trinitate summam et ineffabilem illam conservat unitatem nisi charitas? Lex est ergo, et lex Domini charitas, quæ Trinitatem in unitate quodammodo cohibet, et colligat in vinculo pacis.* (S. Bernard., Epist. 11 ad Guicon.)

(5) Gen. I, 26.

(6) Id. II, 18.

de la sustancia misma del hombre, sacándola de su costado, y como de su corazon, para que fuese una misma su vida, y dijo: «Serán dos en una carne (1),» serán dos personas en unidad de naturaleza. Él mismo dijo tambien: «Creced y multiplicaos (2),» y de este modo, el hijo engendrado de vuestra sustancia, sea el complemento de vosotros mismos, siendo uno mismo con vosotros en la naturaleza. El lazo que los une es el amor, que por ello, dice Santo Tomás, forma Dios á la mujer, no de los piés, ni de la cabeza del hombre, para enseñarle que no es esclava ni señora, sino del costado, de junto al corazon (3), que es la fuente del amor; y por ello tambien quiere que el amor presida á la difusion de sí mismos en el nuevo sér que de ellos nace: este nuevo sér se llama fruto del amor.

Siendo así, Señores, se comprende fácilmente lo que debiera haber sido siempre la sociedad doméstica, y la sociedad civil ó política, que es la extension de aquella; pero desordenado el hombre en su naturaleza, desordenado en sus relaciones con Dios, y dejando de vivir á imágen de su Criador, se desordenó tambien en sus relaciones sociales, y la sociedad perdió de vista su eterno modelo, perdió la idea de sí misma, desconoció el principio de su vida, el lazo de su union, y le sustituyó con el principio de accion que el desórden del pecado engendró en el corazon del hombre: el egoismo, la fuerza, la dominacion. Desde entonces la mujer dejó de ser para el hombre una compañera, una como expansion de su corazon, y el hijo una dilatacion de sí mismo. La primera fué mirada como un instrumento de placer, como una esclava, y

(1) Gen. II, 24.

(2) Id. I, 28.

(3) S. Thom., 1. p., q. 32, art. 3.

como esclavo tambien el segundo, sometido á la tiranía del padre, dueño de su vida y de su muerte. El hombre queria dominar, queria hacer sentir la presion de su fuerza, porque aspiró á ser como Dios, y dominaba, oprimia á su familia, primer objeto y el más inmediato que se le presentaba, sin pensar que Dios, de quien era émulo envidioso, no tanto hace sentir su imperio por la presion de su poder y de su dignidad, cuanto por la suavidad de su amor y por la ternura de su bondad esencialmente difusiva. El egoismo, el orgullo no quedaba satisfecho todavía con ser el tirano de la familia para ser su Dios, y buscaba al débil, al pobre, al vencido, y le sometia á su dominacion, haciendo esclavos á los hombres. De esta manera, siendo la familia una sociedad de esclavos bajo la tiranía de un padre, la sociedad civil, la sociedad de los pueblos, resultaba tambien compuesta de familias esclavas bajo la dominacion de uno ó de muchos tiranos, que explotaban á la humanidad en beneficio suyo. Es inútil aducir pruebas: es un hecho que domina la historia de todos los pueblos antes de Jesucristo.

Este, que habia bajado del cielo para recordar al hombre su dignidad y su destino, y ofrecérsele como modelo que debiera copiar para ser imágen de Dios, vino tambien á recordar á la sociedad su verdadero carácter, presentarle el modelo á que debe conformarse, y restaurar con su doctrina y con su ejemplo las relaciones que deben unir á sus miembros. Por ello presenta su union con el Padre, como sociedad y union que el hombre admire y procure imitar. «El Padre y yo somos una misma cosa (1). El Padre me ama, y yo le amo (2),

(1) Joann. X, 30.

(2) Id. III, 35.—XIV, 31.

y hago siempre su voluntad (1). Desciende en la gradacion del modelo, y estableciendo su sociedad con los hombres, les dice: «Como el Padre me ama á mí, os amo yo á vosotros; permaneced, perseverad en mi amor (2). Yo soy la vid, vosotros los sarmientos (3): una misma sávia nos alimenta. Si alguno me ama, guardará mis mandamientos, y no solo le amaré yo, sino tambien mi Padre, y vendremos á su corazon, y á él nos uniremos, estableciendo allí nuestra morada.» (4) ¿Comprendeis, Señores? Si me amais, guardareis mis mandamientos, y mi mandamiento es que permanezcais unidos con lazo de caridad, que os ameis como yo os he amado. Si con este amor permanecis unidos y cumplís mi voluntad, el Padre os amará, y moraremos en vuestro corazon, vivificándoos con nuestra caridad, para que vivais de nuestra misma vida, y en vuestra sociedad se refleje la del Padre conmigo, y la suya y mia con vosotros. Parecele poco todavía, y enseña á los hombres á unirse entre sí y formar una sociedad perfecta, dándoles reglas para que cimentada sobre ella, sea una imágen de la sociedad esencial y eterna. Cuando lo ha hecho, levanta los ojos al cielo, y exclama: «Padre, has dado á tu Hijo potestad sobre toda carne, para que dé á todos vida eterna. La vida eterna es esta, que te conozcan á ti, solo Dios verdadero, y á tu enviado Jesucristo. He consumado la obra que me confiaste: les he dado á conocer tu nombre, les he enseñado las palabras que me has comunicado... El mundo no te conocia, y yo les he dado este conocimiento. Padre santo, guarda en tu nombre á aquellos que

(1) Joann. VIII, 29

(2) Id. XV, 9.

(3) Id. id., 5.

(4) Id. XIV, 23.

me diste, para que sean una misma cosa como somos nosotros, para que sean todos una misma cosa, como yo en ti y tú en mí, y yo en ellos.» (1)

¡Qué amor, qué ternura hay en estas palabras! ¡Cuántos misterios en ellas! Descubren la gran misión de Jesucristo, enseñan dónde está el principio de todo bien para el hombre y para la sociedad, el conocimiento de Dios y de Jesucristo, para vivir según él: *en esto está la vida eterna*. Prueban la causa de todos los desórdenes antiguos: el olvido, la ignorancia de Dios. *El mundo no te conocía*. Proclaman la necesidad de la unión de voluntades para la vida de la sociedad: *Guárdalos para que tengan esta unión*. Presentan el lazo de la verdadera sociedad: *que sean una misma cosa como nosotros*; para que el amor con que me has amado esté en ellos *y yo en ellos*; es decir, por la caridad. Expresan, en fin, la necesidad de la acción de Dios, sin la cual en vano trabajan los que edifican (2): *«Guárdalos, te ruego que los guardes, que los mantengas y conserves, Padre Santo.»*

¿No os parece admirable, Señores, esa encadenación que establece Jesucristo y mantiene el Catolicismo? La revelación de Dios, uno y trino, eterno y esencial, modelo del hombre y de la sociedad; la unión de Dios con la naturaleza humana en la persona de Jesucristo; la unión del hombre con Dios, por la gracia y por la Iglesia; la unión de los hombres entre sí en sociedad perfecta en el orden espiritual, en el orden doméstico, en el orden político ó civil. Fijémonos solo en el último eslabón de esta cadena que lo une todo á Dios, y veamos la doctrina y ejemplos de Jesucristo, que tienden á conservar y engrandecer la sociedad.

(1) Joann. XVII.

(2) Psalm. CXXXVI, 1.

He dicho antes que la sociedad exige para su perfección la unidad de ideas sobre el origen y destino del hombre, la uniformidad de sentimientos que de aquella nacen, y la conformidad de acciones para llegar á la común aspiración. Esto es lo que infunde desde luego Jesucristo. La fe da esa unidad á las ideas: ella es la base sólida del grande edificio. Por ello la Iglesia que tiene esta base, es impercedera. De la fe nace la esperanza que aspira al bien que aquella descubre, y de ambas la caridad, que es el medio de llegar á él. Por esto dijo Jesucristo: «Id y enseñad á todo el mundo todo cuanto os he mandado (1),» y compilando toda su ley, añade: «Os doy un mandamiento nuevo, que os améis mutuamente.» La caridad, hermanos, hé aquí el lazo de la sociedad de los hombres entre sí, como lo es de la sociedad del hombre con Dios, y de la sociedad de Dios consigo mismo. Ella es la que une y estrecha las partes del todo social, sin destruir la naturaleza ni aminorar la grandeza de cada una; acerca sin confundir, estrecha sin oprimir, sujeta sin humillar, difunde sin despojar: todo lo enriquece, todo lo exalta, todo lo vivifica, todo, en fin, lo diviniza.

Así como en la sociedad de la familia la naturaleza del hombre da á unos el carácter de padres, y el de hijos y hermanos á otros, así en el orden político la naturaleza de la sociedad señala á unos el lugar superior, y el inferior á otros. Sin la paternidad y la filiación no hay familia; sin la autoridad y la dependencia no hay sociedad. Pero el orgullo del hombre resiste la sujeción como ama la dominación. ¿Quién es el hombre para mandar al hombre? Sin duda el hombre, por serlo, no tiene derecho

(1) Matth. XXVIII, 19, 20.